

La construcción de las noticias sobre violencia doméstica

Elvira Altés

Antes de analizar de forma crítica la representación de la violencia contra las mujeres en los medios de comunicación, quisiera señalar que en todos los países los medios han publicado noticias que han contribuido a mostrar esta violencia, la cual se había mantenido oculta y silenciada durante muchos años. No obstante, los procedimientos que utilizan los medios para informar sobre este problema distan mucho de ayudar a la comprensión del mismo por parte de la ciudadanía y, como consecuencia, a la erradicación de esa lacra social.

Desde el año 1996 he seguido con interés la representación mediática de la violencia de género (o doméstica, o machista, o contra las mujeres) y le he dedicado varios trabajos. He podido constatar como el tema ha ido creciendo: se ha pasado de algunas notas breves en las que a menudo aparecía la coartada del crimen pasional, hasta la tematización que ha dado paso a los grandes titulares y a la espectacularización morbosa del tema.

La primera característica de la información que genera la violencia de género es que a pesar de las Declaraciones internacionales para la eliminación de la violencia contra las mujeres que los países han firmado, en la actualidad las agresiones machistas siguen sin ser consideradas por los medios como una conculcación de los derechos humanos. La responsabilidad de los medios debería enmarcar estas noticias en el contexto de los derechos humanos, pero para ello las personas que se dedican a la comunicación debieran conocer y estar sensibilizadas en las causas que producen la violencia contra las mujeres y las consecuencias que de ella se derivan. Además deberían tener formación suficiente para abordar de manera competente este tipo de noticias.

Voy a plantear dos instancias en las que los medios presentan sus contenidos: el marco estructural que deviene en violencia simbólica y las operaciones instrumentales o prácticas periodísticas que se llevan a cabo para elaborar la información.

Violencia simbólica

La sociedad patriarcal ampara un gran número de prácticas sexistas que se dan en las relaciones entre géneros y, en ese marco, la violencia simbólica se impone sin necesidad de usar la fuerza o la coacción. Siguiendo a Pierre Bourdieu, la violencia simbólica se produce cuando el grupo dominado aplica los esquemas de conocimiento del grupo dominador, los cuales se presentan como una consecuencia del sentido común. O sea que las mismas mujeres estamos atrapadas en los esquemas mentales que hemos asimilado como consecuencia de esas relaciones de dominación. Se han preguntado por qué las mujeres se ríen con los chistes machistas? Las mujeres también contribuimos sin darnos cuenta a la difusión y consolidación de los preceptos patriarcales y de los estereotipos machistas porque están *naturalizados*, forman parte de la vida social.

Analizar cómo se produce la violencia simbólica en los medios es importante para poder evitarla, aunque sin olvidar que estamos tratando de la estructura patriarcal de nuestra sociedad y que con nuestra sola acción no es posible cambiarla.

Subrepresentación femenina

Existe un marco de discriminación hacia las mujeres que se manifiesta en los medios a partir de una subrepresentación en los espacios de prestigio. Sólo dos de cada diez personas que aparecen en los informativos y en los periódicos son mujeres.

El protagonismo femenino (según un estudio realizado por el Observatorio de medios de comunicación sobre la violencia contra las mujeres.¹) es del 23%, pero no se

¹ Disponible en:

http://amnistia.org.uy/sites/default/files/ObservatorioDeMediosyViolenciaContraLaMujer_0.pdf

La construcción de las noticias sobre violencia doméstica

trata solamente de escasez de apariciones sino de cómo y en función de qué se representa a las mujeres; mientras casi el 60% de los hombres aparecen como sujetos en la noticia y detentando la opinión experta, cuando se escucha la voz de las mujeres es para representar la opinión popular y sólo se consideran protagonistas de su historia en el 30% de los casos. Y a estos datos debemos añadir que se nombra a las mujeres sin apellido ni cargo, definidas en función de su parentesco con un hombre (26%), mientras que ese tipo de identificación en los hombres es del 6%, y por si fuera poco, de este exiguo porcentaje del 23% de presencia femenina, una parte significativa está representada como víctima de violencia.

¿Dónde están las mujeres que se dedican a la ciencia, a la política, a la empresa, a la educación? ¿Dónde encontramos referentes de todas esas mujeres cuyos currículos son superiores a los masculinos y cuyos intereses se diversifican en ámbitos de interés social?

¿Por qué se menosprecia el trabajo doméstico? Se han preguntado los motivos que se esconden en el hecho de no reconocer la importante labor que llevan a cabo en gran medida las mujeres en la atención y el cuidado de la familia. Se imaginan si todas esas horas se reflejaran en el PIB de un país. Pero en todas las sociedades se produce este trato peyorativo hacia las actividades de cuidado que ocupan tantas horas diarias a las mujeres. Así en los medios se relega a espacios de poca importancia y menor prestigio todo lo que pueda ser calificado como de actividad femenina.

Sobrerrepresentación femenina

Tal y como constató el monitoreo de medios de 2005 en más de un centenar de países se ha incrementado la presencia de mujeres en los medios a partir de las informaciones de violencia de género, un aumento que no ha contribuido a profundizar en el eje estructurante que subyace en la relación entre los sexos que es el de dominación-subordinación. Al mostrar a una mujer como víctima parece que se esta humanizando la noticia, pero debemos preguntarnos si no estamos contribuyendo a

banalizar la situación a partir de convertir un drama personal y social en un espectáculo lacrimógeno.

Por otra parte, existe una sobrerrepresentación femenina en otros espacios de los medios dedicados al entretenimiento, en las que aparecen imágenes de famosas, artistas, modelos, tratadas de forma irrespetuosa y trivial, mostrándolas como mujeres superficiales y frívolas.

Sobrerrepresentación masculina

No cabe duda que llevamos unos cuantos años, por no decir siglos, aplicando la discriminación positiva masculina. A ellos no les hacen falta cuotas para llegar a los puestos de decisión, se cooptan entre sí y así se siguen perpetuando en el poder.

En los medios, la discriminación positiva masculina se da a partir del supuesto del siglo XIX (que es cuando el periodismo cobró fuerza) según el cual el protagonista de la historia, el que crea riqueza y cultura es el hombre, pero no el genérico, ahí está el engaño, sino el espécimen del género masculino. A partir de ahí los relatos de los medios están protagonizados por líderes políticos, por empresarios, deportistas, escritores, científicos, ellos son los que detentan el discurso y encarnan la acción transformadora en el ámbito público.

En el estudio del Observatorio de medios de comunicación sobre la violencia contra las mujeres que he comentado de 212 menciones a personas, 162 eran para los hombres, es decir cuando leemos el periódico, vemos la televisión o escuchamos la radio, la noción que nos llega de lo que sucede la protagonizan el 76% de hombres. Y no vale decir que los medios reflejan la jerarquía y ahí aún no han llegado las mujeres, porque en un estudio que hice de la actividad pública de las mujeres en España, el colectivo femenino ocupa ya más del 50% del espacio público; y a tenor de las noticias que he seguido de Uruguay, ustedes tienen ministras, responsables de organismos de gobierno, expertas en distintos temas, etc., pero no son requeridas, ni citadas, ni entrevistadas, etc. en la misma medida que los hombres ni con las mismas expectativas.

Subrepresentación masculina

Mientras los focos iluminan a ese héroe de la modernidad en los escenarios públicos y de prestigio olvidan entre bambalinas, en la parte oscura, a la figura del agresor, del violador, del acosador, del cliente de la prostitución, del pederasta, al protagonista de todas esas formas de violencia contra las mujeres. Yo no sé si aquí cuantifican las muertes por violencia de las mujeres, pero al menos en mi país se cuentan las fallecidas y dejan en la sombra, ocultos por una cierta complicidad inconsciente, a los homicidas, asesinos y criminales que las han matado. Fíjense por ejemplo que en los pocos debates que sale el tema de la prostitución, el foco se sitúa en la prostituta, pocas veces en el cliente que es el responsable de que esa relación de explotación se siga produciendo.

Sí, es cierto, los hombres aparecen en la crónica roja relacionados con hechos delictivos mucho más que las mujeres, aunque tampoco esa cuestión promueve ninguna reflexión sobre el tipo de educación que estamos dando a nuestros hijos varones, que parecen enfrentan el conflicto con tan pocos recursos reflexivos.

“La sociedad debe darse cuenta que la violencia es un problema de los hombres que padecen las mujeres”, me dijo una mujer maltratada. En ese sentido, tampoco no se suele dar voz a los colectivos de hombres que empiezan a plantearse otras formas de masculinidad, más afables y menos agresivas.

Imágenes degradantes

Los medios también son responsables de transmitir algunas imágenes estereotipadas y/o degradantes de las mujeres, como por ejemplo, el estereotipo de la mujer objeto, tan caro a la publicidad, o el de la perversa o maligna en la más cara tradición misógina, también podemos encontrarnos que después de una noticia sobre malos tratos y violencia en la página siguiente, unos pequeños anuncios nos recuerden

La construcción de las noticias sobre violencia doméstica

5

:: Elvira Altés ::

que hay carne fresca de mujeres que se ofrece como receptáculo sumiso de las insatisfacciones masculinas. Esos anuncios de prostitución encubierta que, sin sonrojarse, publican los periódicos y emiten las televisiones atentan contra la dignidad de las mujeres, y también de los hombres, porque las convierte en mercancía, cuerpos fetichizados y listos para el uso. Esta es una forma grave de violencia porque subraya y refuerza la relación de dominación y desigualdad entre hombres y mujeres que propugna el patriarcado. Y en esa misma categoría situaríamos la pornografía, aunque de momento los medios no transmiten este tipo de contenido.

Hasta aquí los aspectos más estructurales de la violencia, los que actúan como contenedor o como paisaje de fondo, y ahora propongo que analicemos las prácticas periodísticas concretas, en las que, quizá, sea posible una intervención más puntual y rápida.

La construcción del suceso

En el discurso de un medio todo contribuye al mensaje: desde la sección, el espacio en página o en la ubicación en los noticieros, el tipo de género periodístico con el que se presenta la información, las fuentes que se consultan hasta llegar al relato concreto, toda la construcción del acontecimiento ofrece la posibilidad de importantes cambios para mejorar el resultado.

Veamos, se suelen presentar como un suceso o lo que ustedes llaman crónica roja, un formato que tiene una serie de características como de acontecimiento imprevisible, de contenido luctuoso, sin explicación racional o fatalmente inevitable. Bajo este epígrafe se recogen crímenes, agresiones, robos, pero también accidentes y cualquier acción no prevista y de difícil explicación racional.

Situar las noticias de violencia doméstica bajo este epígrafe es inducir a la audiencia para que descodifique estos hechos como inevitables, imprevisibles e incomprensibles, que es lo mismo que pedir que se acepten porque son hechos que no tienen reparación posible.

Así mientras un muerto por terrorismo aparece en las páginas de Política, una muerta por terrorismo doméstico recibe el mismo tratamiento que un accidente. La historia se presenta sin contexto, sin compromiso con la víctima y con los tintes propios del espectáculo. En lugar de presentar la historia concreta en un contexto histórico y cultural más amplio, que identifique las estructuras sociales que hacen posible el suceso, se construye un relato en el que los elementos coyunturales aparecen como culpables del desenlace fatal, se identifica una posible causa, se explica detalladamente la forma cómo se ha producido el crimen, se busca algún vecino o vecina que diga que eran una pareja estupenda o que ya les habían oído discutir, y con unas citas del comunicado policial se acaba cerrando el tema.

Circulan actualmente una serie de recomendaciones prácticas para llevar a cabo durante el proceso de recogida y elaboración de la noticia que tienen por objeto ofrecer una mejor información y contribuir a la comprensión del fenómeno de la violencia.

Si empezamos por las fuentes, según el estudio que se ha presentado recientemente del Observatorio de Medios del Claeh, sobre las noticias de crónica roja, avisan que la información “se caracterizó por no brindar datos de contexto socioeconómico, no citar fuentes estadísticas, no hacer referencia a antecedentes de los supuestos victimarios, utilizar fuentes policiales en el 60% de los casos y fuentes cercanas a las víctimas”. En cambio, para este tipo de historias se recomienda consultar fuentes cualificadas y especializadas en el tema, buscar la opinión de personas expertas que den cuenta de las especificidades de cada situación, evitar los vecinos que no aportan nada significativo, y filtrar los estereotipos que llegan con el comunicado policial.

No cabe duda que podremos contar mejor la historia si utilizamos un formato de reportaje o de análisis, ya que una mayor extensión permitirá aportar datos estadísticos, contextualizar e incluso añadir otras historias de mujeres que han conseguido sobrevivir al circuito de la violencia.

En cuanto al enfoque debería evitarse establecer relaciones de causa - efecto, ya que los crímenes no se producen porque el hombre sea celoso, haya bebido, esté drogado, en el paro o tenga mal carácter, la violencia doméstica va más allá de los

rasgos puntuales de un individuo o de las circunstancias del momento, porque ese mismo individuo no arremete contra su compañero de trabajo o contra su vecino.

Debería omitirse la reconstrucción del delito, no son relevantes las puñaladas que ha recibido la mujer ni en que parte del cuerpo tiene las heridas. De las seis preguntas (qué, quién, cuándo, dónde, cómo y por qué) que debe hacerse cada periodista al enfocar un tema el último interrogante a menudo se queda sin respuesta o se ofrece una falsa respuesta, ya saben, “a más cómo menos por qué”. En este apartado también deberíamos ser cuidadosos evitando que en nuestro texto se cuelen aspectos morbosos, que fácilmente derivan en sensacionalismo o amarillismo. Por otra parte, las descripciones de los protagonistas deberían estar libres de tópicos, evitando calificar a la mujer de pasiva o de descarada y a los hombres como enfermos, autoritarios, etc.

En general, en los relatos sobre casos de violencia las causas se abordan de manera superficial, se rellenan de informaciones secundarias, irrelevantes para la comprensión real y se obvian tanto el proceso de la violencia como las razones profundas que le dan cauce. Como consecuencia se producen informaciones que van desde el alarmismo a la banalización, se tiende a simplificar i estereotipificar a los protagonistas y ofrecer como motivos el desencadenante de la agresión y para llenar el espacio se describe la agresión sin aportar elementos de contexto que contribuyan a situar el hecho.

Algunas conclusiones

El efecto de la violencia simbólica en los medios invisibiliza a las mujeres, haciendo llegar a la audiencia la percepción de que su papel en la sociedad no es relevante, es insignificante. Algunas autoras hablan de aniquilación simbólica, ya que si de cada 100 individuos que aparecen en los medios, sólo 23 son mujeres significa que casi un 30% han sido borradas del mapa, y ya saben, lo que no se nombra no existe. Si además, una parte importante de esas mujeres que se mencionan en los medios están tipificadas como víctimas, o bien se las presenta a través de estereotipos de objeto

sexual, frívola, etc., la violencia que se ejerce, aunque resulte difícil de detectar, no es por ello menos perniciosa.

La discriminación positiva masculina, tanto en la sobre representación en sus papeles de liderazgo como en la subrepresentación en los roles de detentador de la violencia contra las mujeres, contribuye asimismo a enmascarar el problema y por tanto a dificultar la solución.

Finalmente la construcción periodística de las historias de violencia contra las mujeres debería plantearse a partir de un código ético y de unos recursos periodísticos que facilitaran el abordaje y la elaboración desde la responsabilidad social.